

Las virtudes y problemas de la «intervención sociológica» de Touraine

(en Tesis Doctoral: Miguel Martínez López, "Laberintos e laboratorios da participación urbana", Universidade de Santiago de Compostela, 2000)

Acabamos de ver cómo la teoría de los NMS aporta algunas conceptualizaciones importantes sobre el tipo de acción y de contexto «postindustrial» de numerosos MS, aunque no de todos ni con igual validez en todas las rasgos que señala. Después se han discutido las características específicas que se han atribuido a los MSU, especialmente por parte de la teoría de Castells en sus distintas etapas de elaboración, mostrando sus aspectos más débiles (su análisis de los efectos de los movimientos, las relaciones de éstos con contextos relevantes y las relaciones y redes de poder internas a los movimientos). Pues bien, esas reflexiones críticas pueden ayudar a reformular una teoría de los MS y, sobre todo, son de ayuda aquí para entender un caso concreto de MSU como se verá más adelante. Sin embargo, en esta misma línea de orígenes conceptuales cabe apuntar una cuestión importante más, con frecuencia relegada a un segundo plano: las relaciones entre la observación sociológica y los propios MS observados.

En este sentido, la obra de Touraine ya hace años que apuntó con clarividencia muchos de estos problemas. Fue uno de los autores pioneros en proponer una teoría «conflictualista» y, al mismo tiempo, «culturalista» de los NMS, y también influyó poderosamente en la evolución de las ideas de Castells hacia un mayor descentramiento de su estructuralismo marxista originario (trabajaron juntos en el mismo centro de investigación durante una década). Pero probablemente fue su heterodoxia metodológica en el estudio de los MS lo que menos seguimiento consiguió dentro de todas las corrientes teóricas. Su «intervención sociológica» aportaba el conocimiento sociológico, en forma de hipótesis, a las personas activistas en los MS, catalizando procesos de interrelación mutua. A partir de los numerosos estudios que avalaron los resultados de esos procesos, la metodología fue ampliamente discutida, pero casi no obtuvo réplicas comparativas en el mundo occidental, excepto dentro del círculo de investigación más cercano al propio Touraine. En efecto, no son pocos los problemas que tiene su concepción metodológica, pero creo que tiene también indudables virtudes que conviene subrayar explícita y

simultáneamente para valorar en qué medida es posible una «intervención sociológica» en los estudios empíricos que expongo posteriormente.

En primer lugar, el mismo Touraine establece un vínculo de necesidad entre su teoría sociológica de la acción, en la que los MS ocupan un lugar de centralidad, y la «intervención sociológica» como metodología de análisis de los MS y también de autoanálisis de los mismos. Por eso debemos anotar brevemente las premisas básicas de su teoría.

En una reciente revisión de la obra de Touraine, Scott (1996) distingue entre una metateoría social y una teoría de alcance medio en su obra. La primera sería la sociología accionalista y la segunda la teoría de la sociedad postindustrial. Para Scott, existe una contradicción entre ambas dimensiones, por lo que la concepción de Touraine sobre los MS será dependiente de este problema. Veamos por qué.

Touraine coge el relevo de la tentativa de formular grandes teorías sociológicas, por lo que precisará perfilar de forma original su idea de sociedad, de lo social y de la ciencia social. Frente al funcionalismo y frente al estructuralismo, presentes indistintamente en muchas de sus actuales herencias marxistas o durkheimianas, Touraine opta por una concepción «accionalista»: «Los hombres hacen su propia historia: la vida social es producida por logros culturales y conflictos sociales, y en el corazón de la sociedad late el fuego de los movimientos sociales. (...) La sociedad es un drama, un teatro compuesto no de situaciones o intenciones, sino de acción social y relaciones sociales» (Touraine, 1978: 1). Podría parecer que los términos aquí citados indican una perspectiva netamente weberiana, aunque a veces Touraine también se distancia de la visión general de Weber, puesto que considera que éste trata con unos niveles inferiores de la realidad social: el de las instituciones y el de las organizaciones. Al contrario, el nivel de la «historicidad» (o «totalidad») sería el más alto y principal de todo análisis sociológico, teniendo como objeto de estudio la acción de los MS en cuanto «actores de clase» en relaciones sociales de conflicto y dominación, y con unas orientaciones culturales «compartidas» (incluso son sus oponentes). En gran medida, anticipa una idea sistémica y reflexiva de la sociedad que autores como Luhmann o Ibáñez han desarrollado por otras vías (como ya vimos en el capítulo I): «La sociedad es una producción conflictual de ella misma» (Touraine, 1978: 77).

El cambio social, pues, debe entenderse en este metanivel como la producción y reproducción de relaciones sociales que llevan a cabo los actores. Pero las relaciones sociales son conflictivas y

el conflicto sólo puede tener lugar, según Touraine, en un campo cultural común entre los adversarios. Rechaza así la noción de un «cambio estructural» como el que protagonizarían unas clases sociales respecto a otras, ya que, ante todo, las clases sociales son actores sociales con conciencia «de clase» y «no existen las relaciones de clase separables de la acción de clase» (Touraine, 1978: 68, 94), y lo que está en juego es «el control de la historicidad» en forma de modernización, es decir, el paso de ideas tradicionales a otras modernas sobre la organización de la sociedad y también sobre su cambio. Más que clases, pues, serían los MS (como prototipo de todos los actores colectivos) los protagonistas de esos cambios. Desde el momento en que el movimiento obrero y el conflicto industrial es sustituido, desde mediados del siglo xx, por otros conflictos sociales más importantes en torno al control del conocimiento y de la información que opera una nueva tecnocracia, los actores sociales principales pasan a ser los NMS. Éstos luchan contra las tradiciones, las desigualdades y los privilegios heredados, como las formas más relevantes de la dominación, para Touraine, por lo que son, sobre todo, de índole «cultural» y también inestables. La tarea de la sociología actual, pues, es descubrir qué NMS ocupará el lugar central de las relaciones sociales conflictivas en la sociedad postindustrial, ya que a cada sociedad (o época histórica) le correspondería un solo MS central (o dos, contando con su antagonista) (Touraine, 1978: 94-96).

Sin embargo, Scott (1996) muestra cómo la originalidad del metanivel sociológico no se corresponde con la evaluación más estructural y funcionalista que hace Touraine con respecto a la sociedad postindustrial. Ésta ya no sería un sistema abierto y autoproducido, sino que estaría cerrada estructuralmente y tendería hacia fines determinados (la «sociedad programada»). En la sociedad postindustrial existiría una lógica sistémica predeterminando las acciones colectivas, y el conocimiento sería un recurso privilegiado de un grupo social; ninguna de las dos cosas eran presupuestas en la concepción acccionalista. En consecuencia, los NMS son analizados prioritariamente a partir de su construcción de «identidades» o «significados» (más allá de sus proclamas ideológicas), pero eso impide observar las determinaciones materiales y organizacionales de los movimientos. Como ya anotamos en el punto dedicado a los NMS, también impide observar el carácter político de los «nuevos» MS, el carácter cultural de los «antiguos» MS, y la diversidad organizativa y de movimientos actuales, ya que no existe evidencia de esa centralidad conflictiva de un solo MS en la sociedad actual (Melucci, 1990).

Otros analistas critican también a Touraine la arbitrariedad en diferenciar como MS o como simple «acción colectiva», según el criterio del «control sobre la historicidad» (o de las relaciones entre «identidad», «oposición» y «totalidad»), y que se reduzca al análisis del Estado en relación al cambio social sólo a la perspectiva diacrónica, dejando para el análisis específico de los MS la perspectiva sincrónica (Pickvance, 1995). En la última década, Touraine ha optado por separar definitivamente la confusión que mantenía entre clase social y MS, pero no abandona la cuestionable idea de que los MS son objeto central de la sociología y que todos los MS actuales «centrales» se dirigen contra la dominación tecnocrática (la «oposición» principal), cuando las orientaciones culturales del pacifismo o del ecologismo no parecen apuntar en este sentido (Rucht, 1991; también la caracterización según otras oposiciones —la burocracia, la partitocracia y la democracia liberal no participativa—, pero aceptando la caracterización general de Touraine sobre los MS como «protesta moral», en Pakulski, 1991: 45-59).

Lo que casi no se ha destacado hasta ahora en la sociología académica es que el método propuesto por Touraine, la «intervención sociológica», está más ligado directamente a su teoría accionalista de la sociedad que a su teoría sobre la sociedad postindustrial y sobre los NMS, por lo que comparte más las virtudes de la primera que los defectos detectados en la segunda, aunque su aplicación se hiciera fundamentalmente en esos «nuevos» tipos de MS y atendiendo, sobre todo, a sus retos «culturales» (pero también se intentó con el movimiento obrero o con otras manifestaciones de acciones colectivas de la juventud en barrios marginales, de vecindades con comportamientos racistas e incluso de grupos armados: Dubet y Wieviorka, 1995). Argumentaré, pues, que en este caso son suficientemente relevantes los avances sobre la validez del conocimiento sociológico, aunque algunos axiomas del método sean bastante discutibles.

En una de las obras donde sintetiza su concepción sobre la «intervención sociológica», Touraine empieza con tres principios que muestran ya la ambivalencia que pueden provocar. Por una parte, enuncia el método como: 1) dirigido a analizar directamente la acción colectiva, tomando en consideración los autoanálisis de los propios actores; 2) también considerando las relaciones sociales en las que están envueltos los actores, y 3) reduciendo la distancia entre el observador y los actores. Sin embargo, junto a esos loables objetivos, ya anuncia, al mismo tiempo, que los medios para conseguirlo son: 1) estudiar un grupo de activistas en su papel de activistas; 2) confrontar con otros actores sociales (además de hacerlo con los propios investigadores) para

descubrir las relaciones sociales (mediante encuentros de los activistas con la policía, con funcionarios públicos o con ejecutivos de empresas atacadas por los MS), y 3) atribuir al investigador un papel de intermediario entre el grupo de activistas y el supuesto MS que no sería tanto el resto de activistas y participantes, sino la interpretación de los conflictos sociales principales que son capaces de protagonizar, según los investigadores (Touraine, 1978: 27). Como puede apreciarse, no hay una relación de necesidad entre ambos conjuntos, pero veamos más específicamente en qué consiste esta ambivalencia.

Aunque este autor no desestima el uso de técnicas de investigación convencionales y de rango inferior al mismo tiempo (análisis documental, entrevistas individuales, estadísticas, etc., sobre todo, antes de entrar en contacto con el MS), lo que sí defiende enérgicamente es que los sociólogos deben «intervenir» de alguna manera en los MS, si es que tienen por objetivo conocer la «cara oculta de las relaciones sociales», «el conflicto entre actores de clase por el control de un campo cultural» y «reconstruir los procesos de toma de decisiones» (Touraine, 1978: 140). Con el uso exclusivo de técnicas convencionales eso no es posible, según Touraine, ya que el sociólogo acaba adoptando posiciones de «neutralidad» que le impiden conocer el funcionamiento de las acciones colectivas. Tampoco el sociólogo debe integrarse plenamente en el MS, a riesgo de convertirse en ideólogo o intelectual orgánico suyo. Más bien, una vez que obtiene la confianza de parte de un grupo de activistas del MS, el sociólogo les invita a juntarse periódicamente y adopta una actitud de «servicio» hacia el grupo.

El servicio social que presta el equipo sociológico al grupo de militantes con los que va a trabajar durante varias sesiones, al margen del resto del MS, consistirá en provocar que éstos elaboren un autoanálisis del movimiento en el que participan y que juntos logren una interpretación correcta de la «función histórica» del movimiento (sus relaciones entre «identidad», «oposición» y «totalidad»). El objetivo de fondo de ese servicio, no obstante, es que ese autoanálisis sea útil a los actores sociales para liberarse de las constricciones sociales que sufren y para incrementar su capacidad de acción (Touraine, 1978: 144, 148). La intervención de los sociólogos no consiste, pues, ni en observar comportamientos u opiniones, ni en participar en las acciones de los MS, sino en «crear espacios» para que desde dentro del MS se puedan hacer análisis de la realidad social en la que se encuentra el movimiento (Dubet, y Wieviorka, 1996). Pero los investigadores sí propondrán un estilo de análisis propio (accionalista) que vaya más allá de los

comportamientos o de las opiniones, para que los autoanálisis conciban las relaciones sociales, los conflictos y las orientaciones culturales implicadas en el MS. Así, los sociólogos serían «las personas por medio de las cuales el movimiento es situado en su contexto» (Touraine, 1978: 143). Más concretamente, los que representan el principio de «totalidad», los retos sociales y culturales por los que se está luchando.

El desarrollo de esta práctica de intervención —que, según Touraine y sus colaboradores, es más que una técnica de investigación— consiste en la demanda por parte de los MS, o en la aceptación de éste, de una propuesta de los investigadores de realizar una serie de reuniones grupales en las que participan activistas (preferentemente de base, más que los líderes de las organizaciones: Touraine, 1978: 152) y sociólogos. En algunas de esas sesiones puede invitarse a otros actores sociales a los que se opone el MS, o hacer reuniones aparte entre esos oponentes y los investigadores. Las discusiones son gravadas y transcritas, y toda la documentación es accesible en todo momento al grupo de investigación mixto que se crea. Los grupos de trabajo se seleccionan buscando la máxima representatividad de la variedad del movimiento por distintos lugares o tendencias ideológicas, a pesar de que su desarrollo puede ser muy desigual, dependiendo de la voluntad de los activistas para continuar en esos espacios o por otras circunstancias ajenas.

En todo caso, los activistas son considerados en su papel de activistas «que pueden llegar a ser analistas», y los sociólogos en el de analistas e intérpretes; pero el objetivo de las reuniones es conseguir, primero, incrementar la «reflexividad» de los activistas «autocriticando su lenguaje ideológico» (Touraine, 1978: 167) y, después, su «conversión» en analistas «sin abandonar su participación en el movimiento y manteniendo la relación con los investigadores en el grupo de intervención» (Touraine, 1978: 169). Sin embargo, esa conversión sólo puede ser alcanzada con la ayuda de los investigadores, ya que éstos tendrían la capacidad en exclusiva de «discernir el significado de la lucha en su punto más alto» (Touraine, 1978: 170). Posteriormente pueden alcanzarse otros niveles de mayor relación mutua (la «sociología permanente» entre conocimiento y acción), pero la fase de conversión es el momento central del proceso y a partir de ésta los activistas pueden volver a sus grupos «reales» para compartir con el resto del MS sus conocimientos (Dubet y Wieviorka, 1996). La conversión, en definitiva, consiste en analizar las acciones del movimiento desde el punto de vista de los niveles más elevados de lucha que

podrían desarrollar, es decir, de sus posibilidades, condiciones y formas que podrían adquirir para ser un «verdadero» NMS (Touraine, 1978: 176).

Hasta aquí, pues, una breve presentación de la «intervención sociológica». ¿Cuáles son, entonces, sus problemas? El principal de todos ellos es el punto de la conversión. Diversos analistas se oponen a ese hilo vertebrador de la «intervención sociológica» por considerar que apunta más a una imposición de los prejuicios de Touraine sobre los MS y sus «significados» del «más alto nivel» de conflicto histórico en la sociedad «programada», que a un estudio de la totalidad del MS, de sus acciones y de las respuestas del Estado (Rucht, 1991; Pickvance, 1995; Scott, 1996). En el caso del movimiento antinuclear, además, algunos grupos alcanzaron esa conversión y otros no —a juicio de los investigadores—, pero el método no tiene nada que hacer fuera de los grupos de intervención creados, por lo que la utilidad del conocimiento social adquirido es puesta en cuestión. Dubet y Wieviorka (1996) señalan que, con frecuencia, los activistas rechazaban los análisis de los sociólogos y éstos debían reformularlos en formas más «aceptables», por lo que la conversión consistiría en una «discusión argumentada» entre ambos. En todo caso, ese diálogo no deja de estar mediado, en esta perspectiva metodológica, por una restricción teórica excesiva sobre el papel «central» de los movimientos sociales y el reconocimiento de una mayor capacidad de los sociólogos para comprender el conflicto, las relaciones sociales y la identidad cultural de los MS.

Mi posición, no obstante, es que esas concepciones de los MS no son necesarias para que exista una mayor relación de proximidad entre sociólogos y activistas de la que es habitual, y un diálogo entre ambos que valide realmente el uso del conocimiento sociológico producido. El problema de partida es la «demanda» de la investigación. Melucci (1990) señala que en la mayoría de los casos, la intervención sociológica es propuesta por los investigadores, que se comportan un poco como «misioneros» que pretenden ilustrar con su saber a los MS. La consecuencia más inmediata de esa mutua relación «voluntarista» es que en cualquier momento los grupos pueden deshacerse, que permanecen desigualdades sustanciales entre investigadores y activistas, y que el control de todo el proceso reside en los investigadores. Melucci, pues, considera que el vínculo es posible y necesario, pero que se necesita un método más preciso para poder conseguir los objetivos de conocimiento y acción pretendidos. De hecho, la mayor parte

del proceso se centra en el análisis de discursos y en la búsqueda del «sentido último» de los movimientos, y no en las acciones reales y potenciales de los MS.

Desde un punto de vista más técnico, la crítica más común se refiere al tipo de grupos de intervención creados. Estos grupos, en los estudios realizados, tenían composiciones a veces muy distintas y, por lo tanto, daban lugar a reflexiones muy dispares sobre la vida del movimiento. En general, eran grupos muy artificiales, excesivamente experimentales. Siendo así, ¿es que no se van a analizar el resto de grupos reales «naturales», organizaciones y actividades desarrolladas en el MS? En realidad, pues, se adopta una nueva distancia no querida, la cual resta bastante información a los análisis y autoanálisis emprendidos (Villasante, 1995: 195). En mi opinión, este problema de que los investigadores no estudien el MS «intervenido» también junto a sus grupos naturales, tiene su consecuencia más negativa en la ausencia del método de planificar la divulgación y apropiación de informaciones útiles para los distintos colectivos que componen el MS. La «intervención sociológica» acaba con una excesiva racionalización sobre la realidad, casi convirtiendo los activistas implicados en la intervención en sociólogos. Pero, ¿por qué van a tener que cumplir dos funciones los activistas, si no las cumplen los sociólogos? ¿No sería más apropiado, tal vez, que la relación entre ambos condujera a idear «técnicas» para aprovechar mejor los mutuos saberes?

En definitiva, para autores como Rucht (1991) los problemas de validez, representatividad y fiabilidad deberían conducir a abandonar la intervención sociológica o, por lo menos, a darle una mayor consistencia en este sentido.